

Perros de presa¹

Leon F. Litwack²

Robert Johnson, un blusero negro del delta del río Mississippi, articuló a comienzos del siglo XX un solitario y terrible sentimiento personal de angustia y traición que trascendió a su tiempo y su región. Con sus canciones y sus acordes de guitarra, su implacable y escalofriante sencillez, expuso una sociedad imposible de cambiar o de superar y a una nueva generación de exiliados interiores como él mismo, exiliados en su propia tierra, vacíos de fe o esperanza, vulnerables, sin santuario.

Tengo que moverme, tengo que seguir moviéndome
los blues caen como granizo
los blues caen como granizo
Uumh, los blues caen como granizo
Los blues caen como granizo
Y estoy preocupado
hay perros de presa siguiendo mis rastros
perros de presa siguiendo mis rastros
perros de presa siguiendo mis rastros.

En la tarde del domingo 23 de abril de 1899 más de dos mil blancos de Georgia, algunos llegados en un tren contratado específicamente para esa excursión desde Atlanta –la capital del estado– se congregaron en las proximidades de la ciudad de Newman para presenciar la ejecución de Sam Hose, un negro. El evento asumió un formato bien conocido. Al igual que muchos otros linchamientos, también éste resultaba ser un espectáculo público; al igual que sucedió en la mayor parte de los linchamientos, la culpa de la víctima no había sido probada en juicio; al igual que en casi todos los linchamientos, ni un solo miembro de la multitud ocultó su rostro bajo una máscara ni hubo alguno que intentara encubrir los nombres de los asistentes; en verdad, los reporteros presentes repararon en la participación activa de algunos de los más prominentes ciudadanos de la región. Y al igual que en la mayoría de los linchamientos, la prensa y la opinión pública expresaron su solidaridad en nombre de la supremacía blanca e ignoraron cualquier otra información que contradijera el veredicto popular.

Sam Hose trabajaba para el hacendado Alfred Cranford y había solicitado a su empleador un adelanto de paga (algunos dijeron que había tratado de obtener los salarios que se le adeudaban) y permiso para visitar a su madre enferma. El hacendado rehusó sendos pedidos, precipitando un áspero intercambio de palabras. Al día siguiente, mientras Hose cortaba leña, Cranford retomó la discusión pero esta vez desenvainando una pistola y amenazándolo de muerte. En defensa propia, Hose arrojó su hacha hacia la cabeza de Cranford, dándole muerte. Dos días después los periódicos dieron una versión totalmente diferente de los hechos. Cranford estaba cenando cuando Hose –“*un monstruo de forma humana*”– entró a hurtadillas, enterró un hacha en su cráneo y luego de saquear la casa arrastró a la señora Cranford hasta la habitación donde su esposo yacía moribundo, y la violó.

Si las versiones de la muerte de Cranford fueron variadas, la historia del destino de Sam Hose no lo fue. Después ser desnudado y encadenado a un árbol, los verdugos amontonaron a su alrededor maderas empapadas en querosén hasta tapar sus piernas y su cintura. Previamente, su

¹ Publicado a manera de introducción al libro *Without Sanctuary. Lynching Photography in America*, que recopila fotografías de linchamientos exhibidas en la ciudad de Nueva York en el año 2000.

² Profesor de Historia Norteamericana en la Universidad de California, en Berkeley.

cuerpo había sido saturado de grasa aceitosa. Antes de que la antorcha fuera acercada a la pira, a Sam Hose le cortaron los dedos, las orejas y los genitales, y además le despellejaron la cara. Mientras un sector de la multitud se dedicó a hundir cuchillos en la carne de la víctima, otros tantos observaron “*con sincera satisfacción*” (como lo hizo notar un reportero) las contorsiones corporales, la distorsión de los rasgos faciales, los ojos fuera de sus órbitas y las venas reventadas por el calor de las llamas. Los únicos sonidos que salieron de labios de la víctima, incluso cuando el fuego le hacía hervir la sangre, fueron “*Oh, my God! Oh, Jesús*”. Luego, antes de que el cadáver se hubiera enfriado, le fueron removidos el corazón y el hígado, que fueron inmediatamente trozados, y también los huesos le fueron quebrados y triturados hasta la partícula. La multitud disputó estos souvenirs. Poco después, se supo que uno de los participantes había viajado hasta el capitolio del estado con la esperanza de entregar un pedazo del corazón de Sam Hose al gobernador de Georgia, quien más adelante declararía que los actos de Hose habían sido “*los más diabólicos en los anales del crimen*”.

A la mañana siguiente sólo quedaban cenizas humeantes y una pira carbonizada. Alguien había dejado un cartel en el tronco de un árbol cercano: “*Debemos proteger a nuestras mujeres sureñas*”; y Rebecca Felton, una distinguida mujer de Georgia, dio voz a ese sentimiento: “*El ultraje premeditado sufrido por la señora Cranford fue infinitamente más intolerable que el asesinato de su marido*”. Y en cuanto a Hose, la señora Felton sostuvo que “*cualquier esposo o padre de corazón sincero*” habría despachado alegremente a la “*bestia*” con el mismo sentimiento con que hubiera bajado a balazos a un perro rabioso; en verdad, “*el perro merece mayor simpatía*”.

Los principales periódicos de Atlanta incitaron a sus lectores a “*tener en cuenta los hechos*” al momento de juzgar las acciones de quienes llevaron a cabo el linchamiento. “*La gente de Georgia es ordenada y conservadora, descendientes de ancestros que han sido formados en América desde hace 150 años. Son gente intensamente religiosa, hogareña y justa. No hay entre ellos ningún elemento extraño o desafortunado*”. De inmediato, el periódico proveyó los “hechos” de las alegadas culpas de Hose, haciendo de su suerte algo muy explicable. “*Cuando sea publicada la foto del violador en llamas, vuelvan atrás y vean la foto mucho más oscura de la señora Cranford ultrajada sobre la sangre de su marido asesinado*”.

En una investigación posterior a cargo de un detective blanco, la esposa de Cranford reveló que Hose se había acercado hasta la casa a fin de recoger su paga y que los dos hombres habían discutido. Cuando su esposo fue a buscar un revólver, Hose tomó un hacha en defensa propia y la lanzó sobre Cranford, matándolo al instante. Luego, huyó de la escena del crimen. Ella dijo al detective que Hose no había llegado a ingresar a la casa y que no había sido agredida. A la misma conclusión llegó una segunda investigación, conducida por Ida B. Wells, una periodista negra que había sido forzada a dejar la ciudad de Memphis en 1892 por causa de sus editoriales “*incendiarios*” sobre los linchamientos. Los resultados de ambas investigaciones no interesaron en absoluto, ni a la prensa ni a la opinión pública blanca³.

³ El relato del linchamiento de Hose está basado en las noticias dadas por el *Richmond Planet* del 14 de octubre de 1899, que publicó la larga investigación llevada a cabo por un detective enviado por Ida B. Wells, y por el *Savannah Tribune* del 29 de abril y del 6 de mayo de 1899. También por el *Atlanta Constitution*, del 14 al 25 de abril de 1899, el *Atlanta Journal*, del 24 de abril de 1899, el *New York Tribune*, del 24 de abril de 1899, el *New York Times*, del 24 y el 25 de abril de 1899, el *Boston Evening Transcript*, del 24 de abril de 1899, el *Kissemme Valley Gazette*, de Florida, del 28 de abril de 1899, y el *Springfield Weekly Republican*, de Massachussets, del 28 de abril de 1899. También en el libro de Ralph Ginzburg: *100 Years of Linchings*. Baltimore, 1961, 1988, páginas 10 a 21; en el de Thomas D. Clark: *Southern Country Editor*. Indianapolis, 1948, páginas 229 a 231; en el de W. Fitzhugh Brundage: *Lynching in the New South: Georgia y Virginia. 1880-1930*. Urbana, 1993, páginas 82 a 84; en el de Donald L. Grant: *The Way it Was in the South: The Black Experience in Georgia*. New York, 1993, páginas 162 a 164. Buena parte de la prensa se refirió a la víctima como Sam Holt. Únicamente el *New York Times* del 25 de abril de 1899 publicó la historia del linchador que se procuró un pedazo del corazón de Hose para ser enviado al gobernador. Las opiniones de Rebecca Felton pueden ser encontradas en “How Should the Women and Girls in Country Districts Be Protected: a

Miles de hombres y mujeres negros compartieron la misma suerte. Estos rituales, que apenas variaban en el grado de tortura y brutalidad, sucedieron en cada lugar del sur norteamericano. Algunas veces en pequeños grupos, a veces en actos masivos, los blancos combinaron los roles de juez, jurado y verdugo. Los periodistas reportaban concienzudamente los eventos bajo titulares espeluznantes tales como “HOMBRE DE COLOR ROSTIZADO VIVO” y describían en gráfico detalle la lenta y metódica agonía de la víctima ideando un vocabulario que cuadrara a la ocasión. La quema pública de un negro pronto sería conocida como “*asado de negro*”, reforzando la percepción de los negros como menos que humanos.

El uso de la cámara fotográfica para inmortalizar los linchamientos da testimonio del carácter abierto del acontecimiento y de la rectitud sólo buena a sus propios ojos que motivaba a los participantes. Los fotógrafos no solamente capturaban la ejecución en sí misma sino también la atmósfera carnavalesca y el ánimo expectante de la multitud, tal como sucedió con el linchamiento de Thomas Brooks, ocurrido en Fayette County, Tennessee, en 1915: *Cientos de kodaks gatillaron la mañana entera en la escena del linchamiento. La gente llegó en automóviles y en carruajes desde lejos para ver al cadáver suspendido de una soga... Los fotógrafos instalaron en un puente próximo una máquina de impresión portátil e hicieron su agosto vendiendo postales con fotografías del negro linchado. Había mujeres y niños por montones. En algunas escuelas la rutina del día fue postergada hasta que los niños regresaron de ver al hombre ahorcado*⁴.

En un linchamiento realizado en Durant, Oklahoma, en 1911, varios hombres, orgullosos y exultantes, ataron la víctima a unos tablones y posaron junto a ella para que los fotógrafos registraran la escena. Un periódico de propiedad de negros de Topeka, Kansas, reprodujo la fotografía y reclamó que toda la prensa negra hiciera lo mismo, de manera que “*el mundo pueda ver y saber lo que estaba haciendo la América semi-bárbara*”. Muchas fotografías de linchamientos y de personas quemadas vivas reaparecían en forma de postales y tarjetas comerciales conmemorativas del evento. A John H. Holmes, un pastor de la Iglesia Unitaria, le llegó la postal de una multitud en pose junto al cuerpo de un hombre negro que pendía de una soga. La persona que envió la tarjeta en respuesta a la reciente condena a los linchamientos por parte del pastor, escribió al dorso: “*Esta es la manera en que lo hacemos aquí. El último linchamiento aún no ha sido hecho postal. Pondré su nombre en nuestra lista de correo. Aguarde un promedio de una postal al mes*”⁵.

A treinta años de la emancipación, entre los años 1880 y 1920, en reacción a la percepción de un Nuevo Negro nacido en libertad, indisciplinado, no aleccionado con respecto a la etiqueta racial correcta, y también como respuesta ante la duda creciente de que esa nueva generación pudiera quedarse en su lugar sin coacciones legales o extralegales, los blancos del sur denegaron a los negros una voz política, impusieron patrones rígidos de segregación racial, sustentaron un sistema económico –arrendamiento y cosecha– que dejaba poco margen a la ambición y la esperanza, se resistieron a entregar recursos educacionales equivalentes a los que ellos recibían y diseminaron caricaturas raciales y teorías pseudocientíficas que los consolaban y les reforzaban sus creencias y prácticas racistas. El sistema de justicia (la ley, las cortes, la profesión legal) operó con eficacia despiadada con el fin de defender el poder absoluto de los blancos para comandar la subordinación y el trabajo de los negros.

Pero incluso esa abrumadora exhibición de superioridad no proporcionó a los sureños blancos la seguridad interna que procuraban ni mitigó sus temores con respecto a los hombres y mujeres de color negro, “arrogantes”, “pendencieros”, ambiciosos e independientes, que no habían aprendido aún los rituales de la deferencia y la sumisión. La clase de violencia racial que atenazó al

Symposium Secured by Mrs. Loulie M. Gordon”. Rebecca Felton Papers, Biblioteca de la Universidad de Georgia.

⁴ *Crisis* n° 10, de junio de 1915, página 71.

⁵ *Topeka Plaindealer*, citado en *Crisis*, de diciembre de 1911, página 60; postal archivada en la NAACP (National Association for the Advancement of Colored People), Administrative File, Lynching, etc., 1885-1916, Archivos de la NAACP, C371, Biblioteca del Congreso; *Crisis*, de enero de 1912, página 110.

sur estadounidense la hizo distintiva en la historia de esta nación. En el sur de los Estados Unidos, a fines del siglo XIX y a comienzos del siglo XX, dos o tres negros por semana fueron colgados, quemados vivos en hogueras o bien asesinados sin mayor alharaca. En la década de 1890, los linchamientos se llevaron un promedio de 130 vidas cada año, el 75 por ciento negros. Los números declinaron en las décadas siguientes pero el porcentaje de víctimas negras se elevó al 90 por ciento. Se ha estimado que 4.742 negros murieron linchados a manos de multitudes entre 1882 y 1968. Otros tantos, sino más, fueron víctimas de linchamientos legales (juicios y ejecuciones sumarísimas), de la violencia blanca privada y de “cacerías de negros”, o bien asesinados de distintas maneras en lugares rurales aislados y luego arrojados a ríos y caletas.

Pero un recuento preciso de las víctimas de linchamientos difícilmente pueda dar cuenta de cómo el odio y el miedo transformaron a hombres y mujeres blancos comunes y corrientes en asesinos necios y en torturadores sádicos, o de la creciente regularidad del salvajismo que caracterizó las agresiones contra los negros en nombre de la contención de su ferocidad y depravación. Nada subraya más dramática o categóricamente el valor casi nulo de la vida de los negros sureños. El recuerdo de un negro de Mississippi de la violencia blanca de la década de 1930 se corresponde exactamente con la de fines del siglo XIX y de inicios del XX. *“En aquellos días matar un negro no significaba nada. Era como matar una gallina o una víbora. Los blancos decían, ‘los negros deberían estar muertos, igual no sirven para nada, entonces hay que ir y matarlos’”*. No importa cual fuera su valor como trabajadores, los negros eran despachables y reemplazables. *“En aquellos días era ‘matar una mula, se compra otra; matar un negro, se contrata otro’”*, según rememoraba un negro del sur: *“Estaban obligados a tener licencia para matar cualquier cosa excepto a los negros. Siempre estábamos de temporada”*⁶.

La vida negra era barata en el sur. Muchos blancos de comienzos del siglo XX habían llegado a pensar de los negros como inherente y permanentemente inferiores, como menos que humanos, poco menos que animales: *“Nosotros los del sur no nos igualamos con animales”*, dijo un blanco de Florida ante las críticas de un hombre del norte. *“La gente del sur, de matar un negro, no piensa otra cosa que lo que usted pensaría al matar una pulga... y si yo fuera a vivir por mil años más esa seguiría siendo mi opinión y también la de cualquier otro hombre del sur”*. Luego de recorrer su estado en busca de votos predicando la ley y el orden, William J. Northern, ex gobernador de Georgia, se topó en todos lados el mismo desprecio por la vida negra: *“Me asombró encontrarme con cientos de hombres que creían que los negros eran brutos, que no tenían responsabilidad para con Dios, y que matarlos era nada más que matar un perro”*⁷.

El linchamiento no era un fenómeno nuevo. Por muchas décadas había sido un medio de justicia extralegal en el lejano oeste y en el medio este. La mayor parte de las víctimas fueron hombres blancos, además de un cierto número de indios, mejicanos, asiáticos y negros. Pero en la década de 1890 el linchamiento y la tortura sádica devinieron en un ritual público exclusivo del sur, siendo las principales víctimas hombres y mujeres de color negro. Los negros, durante la esclavitud, habían estado expuestos a la violencia en las plantaciones y granjas donde trabajaban y a la de las patrullas si se aventuraban más allá de los límites de las mismas. La inversión financiera que cada esclavo representaba había oficiado, hasta cierto punto, de escudo protector para los negros acusados de crímenes, pero en el caso de insurrecciones –verdaderas o imaginarias– los blancos habían recurrido al asesinato, la decapitación, la quema de la carne viva y el linchamiento para castigar a los sospechosos de rebeldía y para dejar una impresión duradera con respecto a los peligros que suponía, para los negros, el intento de resistir.

La violencia desatada luego de la emancipación y durante la así llamada “Reconstrucción”, incluyendo las ejecuciones llevadas a cabo por populachos para señalar límites a la libertad de los negros, anticiparon en grado considerable la ola de asesinato y terrorismo que barrenaría todo el sur

⁶ Charles Evers. *Evers*. New York, 1971, página 23; Neil R. McMillen. *Dark Journey: Black Mississippians in the Age of Jim Crow*. Urbana, Illinois, 1989, página 224.

⁷ *Crisis* n° 2, de mayo de 1911, página 32; *Crisis* n° 3, de enero de 1912, página 108.

dos décadas después y que llegaría a ser una marca registrada inconfundible. Lo que era asombrosamente nuevo y diferente era el sadismo y el exhibicionismo que caracterizaron a la violencia blanca. Los modos habituales de ejecución y castigo ya no satisfacían el apetito emocional de la multitud. Matar no era suficiente. La ejecución se transformó en un teatro público, en un ritual participativo de tortura y de muerte, un espectáculo voyeurista prolongado tanto como fuera posible para beneficio de la turba (en un caso, por siete horas). En ciertas ocasiones, los periódicos anunciaron anticipadamente la hora y el lugar de los linchamientos y se contrataron trenes especiales para la “excursión”, los empleadores algunas veces liberaron a los trabajadores antes de hora para que pudieran concurrir al evento, los padres enviaron notas a la escuela pidiendo a los docentes que dejaran salir a sus niños antes de tiempo para que pudieran asistir, y familias enteras se congregaron allí, con niños enancados sobre los hombros de sus parientes a fin de no perderse el ajeteo y las muestras de júbilo. Luego de una de esas ocasiones, un niño blanco de nueve años de edad quedó insatisfecho y dijo a su madre: “*Ya vi a un hombre colgado; ahora quiero ver uno quemado*”⁸.

La historia del linchamiento, entonces, es mucho más que el simple hecho de colgar a un negro del cuello. Es la historia de formas de torturar y de mutilar lentas, metódicas, sádicas y a menudo ingeniosas. Si la ejecución era por el fuego, es el atizador incandescente aplicado a los ojos y a los genitales y el hedor de la carne ardiente a medida que las llamas iban quemando el cuerpo y haciendo sisear la sangre. Si la ejecución era por ahorcamiento, es el movimiento convulsivo de los brazos y las piernas. Sea por las llamas o por la soga, es el desmembramiento y la distribución a los participantes de partes del cuerpo de la víctima a manera de cortesías y souvenirs: dientes, orejas, dedos, uñas, rótulas, huesos y trozos de carne carbonizada. Esos trofeos humanos podían luego reaparecer en forma de faltriquera de reloj o bien ser exhibidos conspicuamente en público. Por ejemplo, los nudillos seccionados de Sam Hose fueron expuestos visiblemente en la vidriera de un almacén de Atlanta⁹.

En numerosas ocasiones las brutalidades desafiaban a la más vívida de las imaginaciones. Luego de enterarse del linchamiento de su esposo, Mary Turner —en su octavo mes de embarazo— se juramentó encontrar a los responsables, denunciarlos y llevarlos a juicio. Tan sólo por hacer esa amenaza en voz alta una multitud de cientos de hombres y de mujeres decidieron “enseñarle una lección”. Luego de atarle los tobillos uno con otro, la colgaron de un árbol cabeza abajo. Empaparon sus ropas con gasolina y les prendieron fuego. Mientras aún seguía viva, alguien abrió el abdomen de la mujer con un cuchillo habitualmente usado para seccionar cerdos por la mitad. La criatura cayó del útero al piso, lloró un poco y de inmediato un miembro de la muchedumbre de la ciudad de Valdosta, Georgia, aplastó la cabeza del bebé con el taco de su bota. La obra de la multitud quedó completa cuando cientos de balas hicieron blanco sobre el cuerpo de Mary Turner. Al dar noticia del hecho, la agencia Associated Press hizo notar que Mary Turner había realizado “comentarios imprudentes” con respecto a la ejecución de su marido, “y la gente, indignada, los desaprobó, tanto como a su actitud”¹⁰.

Luther Holbert, supuesto asesino de su empleador blanco, y su esposa, fueron sometidos a la justicia de la turbamulta en Doddsville, Mississippi, en 1904. Casi mil personas atendieron y observaron cómo los verdugos, ocupados en el ritual ya familiar de torturar, mutilar y matar, hicieron la tarea. Un periodista del *Vicksburg Evening Post* describió la ejecución de los esposos: *Una vez que los dos negros fueron capturados se los ató a árboles distintos, y mientras se aprestaban las piras funerarias ambos debieron padecer las torturas más diabólicas. Fueron forzados a mantener extendidas sus manos mientras los dedos les eran cortados, uno por uno, que*

⁸ Carta de Booker T. Washington a los editores del *New Orleans Times-Democrat*, del 19 de junio de 1899; *Southern Workman* n° 28, de octubre de 1899, página 375.

⁹ Sobre el dato de la tienda de Atlanta, véase, de W. E. B. DuBois, “My Evolving Program por Negro Freedom”, en el libro de Rayford W. Logan: *What the Negro Wants*. Chapel Hill, 1944, página 53.

¹⁰ *Savannah Tribune*, del 25 de mayo de 1918; Walter F. White. “The Work of a Mob”, en *Crisis*, número 16, de septiembre de 1918, páginas 221 y 222.

fueron distribuidos a modo de souvenirs. Se les extirparon las orejas. A Holbert se le apaleó sin piedad, fracturándosele el cráneo, y uno de sus ojos, arrancado con un palo, colgaba de la cuenca... Algunos miembros de la multitud llevaron a cabo el castigo más extremo recurriendo a un tirabuzón de buen tamaño. Se introducía el instrumento en los brazos, las piernas y el cuerpo del hombre y de la mujer, y luego se lo arrancaba, y con cada remoción los espirales del sacacorchos desgajaban pedazos de carne trémula. Holbert y su empleador habían mantenido una reyerta previa al asesinato, pero no existía evidencia alguna que implicara a la esposa. Otros dos negros, que habían sido confundidos con Holbert, habían sido asesinados previamente por una patrulla de hombres armados¹¹.

Cuando una multitud se reunió para aplicar la Ley de Lynch en Fort White, Florida, en 1893, lo hicieron con una ferocidad que ya estaba volviéndose típica. Los participantes y espectadores llegaron desde pueblos cercanos en trenes. Después de una parodia de juicio se dio comienzo a la prolongada ejecución. Después, un vecino diría: *“Todos sabíamos lo que la multitud quería, pero nadie esperaba una carnicería tan horrible”*. Se usó una sierra a fin de seccionarle la garganta al negro, se le cortaron ambas orejas, se le arrancó un ojo y se embutieron pañuelos en la boca de la víctima para sofocar sus *“terribles alaridos”*. Los linchadores casi lograron cortar el espinazo por medio de repetidos cuchillazos. Luego, el hombre fue arrastrado por dos cuadras hasta que la multitud le vació sus revólveres en el cuerpo. Un año antes, cerca de Memphis, la misma clase de violencia había sido infligida a Lee Walter, que fue sacado de la cárcel del condado para ser colgado de un poste de telégrafos, no antes de que la muchedumbre se dedicara a tajar su piel en tiras. La multitud lanzó improperios mientras Lee Walter se columpiaba del poste con la sangre manando por las heridas causadas por los cuchillos. Un testigo escribió: *“El negro murió feo. La nuca no se había quebrado y la muerte fue por estrangulamiento. En los diez minutos posteriores al momento en que fue ahorcado el pecho se le movía de vez en cuando y se notaban convulsiones en sus brazos y piernas”*. Pero la gente aún no estaba satisfecha. Lanzaron el cuerpo en una fogata y lo miraron quemarse *“con sorprendente frialdad e indiferencia”*. Finalmente, los cazadores de reliquias se dedicaron a recuperar secciones de la soga y restos del cuerpo achicharrado¹².

Con respecto a la culpa de la víctima, las muchedumbres no eran muy escrupulosas una vez decidido el recurso del linchamiento. Después de todo, y tal como lo hizo notar un observador negro, la idea era dar un ejemplo: *“sabiendo perfectamente bien que un negro balanceándose de un árbol sería tan útil como otro cualquiera para dejar aterrorizada a la comunidad”*. Luego del incendio de un granero cercano a Columbus, Mississippi, las sospechas recayeron sobre el hijo de Cordelia Stevenson. Al no poder localizarlo, una multitud blanca buscó a la madre, la secuestró, la torturó y dejó al cuerpo desnudo colgando de la rama de un árbol para su exhibición pública. Un jurado suministró la sentencia habitual para estos casos: que había muerto a manos de *“personas desconocidas”*¹³.

Ni las mujeres ni familias enteras escaparon al salvajismo de las multitudes. Bessie McCroy, junto a su hijo y su hija, fueron removidos de una cárcel en Carroll County, Mississippi, y conducidos hasta los límites de la ciudad, donde no menos de quinientos hombres presenciaron los ahorcamientos y luego acribillaron los cuerpos a balazos. Algunos integrantes de una multitud de Okemah, Oklahoma, ingresaron a la cárcel local y se llevaron a Laura Nelson, acusada de haber matado al sheriff, y la ahorcaron, a ella y a su hijo adolescente, no sin antes violar a la madre. Cuando un granjero de Gray, Georgia, fue encontrado muerto en su casa, se sospechó de Will Green y de su

¹¹ *Vicksburg Evening Post*, del 13 de febrero de 1904, citado por Walter White en su libro *Rope and Faggot: A Biography of Judge Lynch*. New York, 1929, páginas 35 y 36.

¹² Carta de Emily K., de Fort White, Florida, a M. DuBois, del 30 de noviembre de 1893, guardada en los archivos Egbert DuBois en la biblioteca de Universidad de Duke; *Memphis Commercial*, del 23 de julio de 1892 [?], citado por Ida B. Wells en su artículo “Lynch Law”, incluido en *The Reason Why the Colored American Is Not in the World’s Columbian Exposition*. Chicago, 1893, páginas 30 a 33.

¹³ Nelly Miller. “Possible Remedies for Lynching”, en *Southern Workman* n° 28, de noviembre de 1899, página 419; *Chicago Defender*, del 18 de diciembre de 1915.

hijo de diecisiete años. Una multitud los linchó a ambos y destrozó los cadáveres a balazos. Posteriormente, las autoridades determinaron que ni el padre ni el hijo habían tenido algo que ver con la muerte del granjero¹⁴.

El tratamiento que en 1915 los blancos de Monticello, Georgia, dieron a una familia negra sin duda funcionó como advertencia para todos los negros que osaran desafiar la supremacía blanca. Cuando el jefe de policía local fue hasta la casa de Daniel Barber para arrestarlo por contrabando de licor, él y su familia se resistieron por la fuerza. Luego que fueran reducidos por la fuerza y arrestados, doscientos blancos furiosos tomaron por asalto la comisaría y arrastraron a Barber, a su hijo y a sus dos hijas casadas hasta un árbol ubicado en el centro mismo del barrio negro. La multitud votó por ahorcar a la familia entera, uno por uno. Daniel Barber tuvo que ver morir a cada uno de sus hijos antes de que el lazo corredizo se cerrara en torno a su cuello¹⁵.

En los casos en que se permitió a las víctimas decir algo, hubo quienes manifestaron su culpa y suplicaron clemencia y otros que reafirmaron su inocencia. Muchos solamente intentaron hacer las paces con Dios. Henry Noles, de Winchester, Tennessee, confesó su acto criminal antes de ser quemado vivo y pidió a sus amigos que se le “*unieran en la gloria*”. Se subió impasiblemente sobre un tocón, y riéndose dijo a la multitud: “*Díganle a mis hermanas y hermanos que me encuentren en la gloria. Voy a hacerla mi hogar. Díganle a mi madre que me busque allí donde no habrá más despedidas*”. Una vez bajado del tocón, Henry Noles fue encadenado a un árbol y su cuerpo saturado de aceite. Pronto, “*las llamas cubrieron al cuerpo estremecido*”. Un grupo de linchadores de Cuthbert, Georgia, aceptó el pedido de la víctima de enviar una fotografía suya a su hermana, que colapsó luego de ver a su hermano colgando de un árbol. Jesse Washington, un joven negro, defendió su inocencia enfrente de una multitud (había sido juzgado nuevamente luego que un juez había expresado dudas en relación al veredicto de culpabilidad), pero infructuosamente. La multitud, conformada por “*los mejores ciudadanos del sur*”, miró aprobatoriamente cómo las llamas envolvían y hacían retorcer al muchacho. Luego, los cazadores de suenires procedieron a navajear el cuerpo a fin de llevarse un botín humano. Un espectador blanco no compartió el ánimo carnavalesco de la multitud y más adelante escribió: “*Soy un hombre blanco, pero hoy es un día en que lamento serlo. Estoy disgustado con mi país*”¹⁶.

La diferenciación usual entre “buenos” y “malos” linchamientos revela su grado de aceptación como homicidio justificable. Un periódico reportó que la ejecución de Elmo Curl, en Mastadon, Mississippi, había sido, “*un asunto de lo más ordenado, dirigido por banqueros, abogados, granjeros y comerciantes. Las mejores personas del condado, tan buenas como las hay en todos lados, simplemente se congregaron allí y colgaron a Curl sin el menor signo de bellaquería. No hubo alcoholismo, ni disparos, ni gritos, ni siquiera voces de tono subido*”. Lo que caracterizaba a un “buen” linchamiento parecía ser la muerte rápida de la víctima, “*de manera ordenada*”, sin prolongamiento de la agonía para placer de la multitud. Cuando una turba conformada por “*ciudadanos prominentes*”, incluyendo un miembro de la legislatura estatal de Carolina del Sur, linchó a un hombre cerca de Charleston, el periódico local publicó que el evento había sido llevado a cabo “*de la forma más aprobada y actualizada*”¹⁷.

¹⁴ Thomas D. Clark. *Southern Country Editor. Op. cit.*, página 239; *Crisis* n° 2, de julio de 1911, páginas 99 y 100; *Chicago Defender*, del 10 de julio de 1915.

¹⁵ *Crisis* n° 9, de marzo de 1915, páginas 225 a 228; John Dittmer. *Black Georgia in the Progressive Era. 1900-1920*. Urbana, 1977, página 139. El mismo número de *Crisis* reproduce opiniones editoriales de todo el país. En el Sur, los linchamientos salvajes despertaron algunas reacciones negativas. El *Atlanta Journal* los declaró “desordenes salvajes” y un mitin de doscientos vecinos de Monticello, presidido por el alcalde, expresó su desaprobación.

¹⁶ *Baltimore Afro-American Ledger*, del 31 de agosto de 1901; Bessie Jones. *For the Ancestors: Autobiographical Memories*. Urbana, 1983, página 42; *Chicago Defender*, del 20 de mayo de 1916.

¹⁷ J. Nelson Fraser. *America, Old and New: Impressions of Six Months in the States*. Londres, 1912, página 277, en nota al pie.

Sin duda que la multitud en Howard, Texas, se consideró ordenada, incluso democrática, durante la ejecución ritual de un hombre negro. Se dio noticia a los granjeros de los pueblos vecinos y unas dos mil personas se hicieron presentes. A la víctima se le concedieron dos horas para rezos y se tuvo en cuenta el pedido de ver a su hermano y su hermana antes de ser matado. La cuestión del modo de ejecución fue sometida al parecer de la multitud y la mayoría optó por el fuego. Ni el orden metódico de los procedimientos ni la proclividad democrática de la muchedumbre alivió en lo absoluto la agonía de la víctima. Un reportero informó: “*Los gemidos eran lastimosos. Y el negro luchó mucho, sus músculos poderosos se hincharon y vibraron en un esfuerzo por romper las cadenas que lo aprisionaban*”. La víctima murió cinco minutos después de que el fósforo fuera encendido. Al menos un periódico consideró que el “*acto infernal*” era injustificable: “*El espectáculo deliberadamente planificado y calmamente ejecutado había terminado. La muchedumbre se dispersó*”. El editor insistió en que el legado de ese linchamiento sería duradero: “*Esos cinco minutos de regreso a un salvajismo primal no pueden ser borrados en el curso del breve lapso de una vida. Cinco mil tejanos han quedado irremediabilmente degradados*”¹⁸.

Incluso algunos blancos de Vicksburg, Mississippi, habitualmente indiferentes, consideraron que el linchamiento de Lloyd Clay, en 1916, pudo haber sido un error. Clay, un trabajador de 22 años de una familia respetada, fue acusado de violación, aun cuando la supuesta víctima negara que él hubiera sido el agresor. En su excesivo apuro por sacar a Clay de su celda la multitud disparó accidentalmente sobre dos blancos, pero aun así llevó a cabo la ejecución, primero intentando colgarlo chapuceramente y luego quemándolo vivo cerca del centro de la ciudad. Los periódicos describieron el hecho como “*espantoso*”, “*horrible*”, “*uno de los peores linchamientos de la historia*”, y al menos un diario consideró que Clay era “*probablemente inocente y que nada tenía que ver con la clase de ‘negros malos’*”. Otro periódico calificó a los linchadores de amateurs que carecían de las habilidades necesarias para despachar a su víctima. Más de mil espectadores se mantuvieron pasivos durante el evento, aunque algunos dijeron que la ejecución había sido grosera y que había infligido a Clay “*sufrimiento innecesario*”. Más críticas recayeron sobre el linchamiento por haber sido realizado en un barrio de blancos. No menos de seis mujeres blancas se desmayaron en tanto otras declararon que sus “*sensibilidades*” habían quedado “*sacudidas*”¹⁹.

Algunas ejecuciones eran más espectaculares que otras pero ninguna fue particularmente excepcional. Si la noticia de la ejecución de Sam Hose apareció abundantemente en la prensa sureña de entonces, otros cientos de linchamientos apenas ameritaron una breve mención, especialmente cuando a fines del siglo XIX se transformaron en asuntos rutinarios, no necesitándose más comentario, en algunos periódicos, que el dedicado al clima del día. Un obispo de la Iglesia Metodista del Sur hizo notar que, “*en estos días pareciera que el asesinato de negros es un acontecimiento tan poco extraordinario que ni siquiera exige una explicación; ha llegado a ser tan habitual que ya no sorprende. Nos enteramos de tales cosas como si leyéramos sobre incendios que hacen arder una cabaña o una ciudad*”. Pocos integrantes de las multitudes de linchadores fueron arrestados alguna vez y los líderes y participantes sólo muy raramente intentaron ocultar su identidad. La manera confiada con que siguieron con sus asuntos habituales sólo era igualada por la complacencia, la liviandad, y a menudo por el buen humor con que miraban al hecho en sí mismo. En ocasiones, editorialistas y líderes políticos expresaron preocupación y los condenaron pero la opinión pública tendía a ensalzar a los linchadores por cumplir con las responsabilidades del hombre blanco. El diario de Memphis eligió juzgar cada linchamiento de acuerdo a sus méritos, basando el veredicto en la naturaleza del crimen de la víctima. No había problemas con el

¹⁸ *The State*, Columbia, Carolina del Sur, del 10 de septiembre de 1905, en los archivos de la NACCP, C3434, División de Manuscritos, Biblioteca del Congreso.

¹⁹ Neil R. McMillen. *Dark Journey: Black Mississippians in the Age of Jim Crow*. *Op. cit.*, página 241.

linchamiento de un negro violador pero era erróneo linchar a un negro tan sólo porque rehusara ser vacunado²⁰.

Para algunos blancos y para sectores de la prensa, se volvió conveniente culpar a blancos de clase baja por los linchamientos. Aunque la “*mejor gente*”, tanto como los otros blancos, daba por supuesta la inferioridad de los negros, se les sugirió que fueran más paternalistas y menos propensos a traducir sus opiniones en consecuencias violentas. “*Las muchedumbres cebadas no están compuestas por caballeros*”, según afirmó el principal periódico de Atlanta. Pero la evidencia sugiere otra cosa. Es posible que, en los linchamientos, “rednecks”, “crackers” y “peckerwoods”²¹ hayan jugado un rol más público, pero en general lo hicieron con la aprobación tácita y a veces con la participación activa y entusiasta de blancos de clase media y alta. Hubo excepciones en todas las clases sociales pero, invariablemente, los “caballeros” y las “damas”, especialmente los de la generación posterior a la guerra civil, no eran más benevolentes hacia los negros y sus expectativas de lo que lo fueron los blancos de clase baja. Si algunas veces mostraron mayor simpatía fue porque no percibieron una amenaza a la posición eminente ocupada en la sociedad sureña.

Los linchadores provenían de todas las clases sociales de la sociedad sureña blanca, desde “rednecks” a la “mejor gente”, y se congregaban en imponentes muestras de solidaridad comunitaria y racial. Ni malvados arrebatados ni escoria de la sociedad blanca, el grueso de los participantes de linchamientos tendía ser gente común y respetable que solía justificar sus atrocidades en nombre de la conservación del orden social y racial y de la pureza de la raza anglosajona. Las muchedumbres que dispensaban “justicia sumaria”²² fueron descritas por un residente de Georgia como “conformadas por nuestros mejores ciudadanos, por los más destacados en todo tipo de trabajos de bien, públicos y privados”. Con el mismo espíritu, un periódico de Meridian, Mississippi, infirió que “Los linchadores... no son hombres que hacen burla de la ley sino que creen representar sinceramente los mejores intereses de sus iguales”²³.

Aunque algunos blancos consideraban que los linchamientos eran bárbaros e inaceptables pocos victimarios fueron llevados a juicio. La gente de los pueblos cerraba filas a fin de proteger a los propios, transformándose de este modo en cómplices de los crímenes cometidos. Los testigos se negaban a testificar y los jurados indagatorios rehusaban procesar a participantes fácilmente identificables. En caso de haber tenido que hacerlo, los jurados se hubieran negado a emitir condena, sin importar cuál fuera la evidencia. En la vasta mayoría de los linchamientos, los tribunales, los jurados de instrucción u otros departamentos oficiales que investigaron las muertes declararon rutinariamente que las víctimas habían muerto “a manos de personas desconocidas” o “por personas desconocidas para el jurado”. En una comunidad de Alabama, a 110 blancos que estaban siendo seleccionados para ser parte de un jurado que juzgaría a integrantes de una banda de linchadores se les hizo esta pregunta: “Si usted, tomando en cuenta la evidencia y más allá de toda

²⁰ T. Thomas Stanford. *The Tragedy of the Negro in America*. North Cambridge, Massachusetts, 1897, página 198; *Memphis Commercial Appeal*, del 22 de enero de 1900, citado en el libro de Thomas H. Baker: *The Memphis Commercial Appeal: The History of a Southern Newspaper*. Baton Rouge, 1971, página 206.

²¹ “Redneck” es un término, en general de uso descalificatorio, que se asigna hace más de un siglo a los blancos pobres del sur de los Estados Unidos, aunque su origen es escocés, designando a los presbiterianos que rechazaban a la iglesia anglicana y cuya migración a los Estados Unidos dispersó el uso; “crackers” se les decía a los pioneros blancos que ocuparon el territorio del actual estado de Georgia y que se hicieron conocidos como habitantes “de frontera”, pero más tarde, en una derivación peyorativa del término, éste mismo designó a blancos pobres que vivían en las zonas rurales del sur norteamericano y que carecían de instrucción escolar; “woodpecker” es una palabra originada a fines del siglo XIX entre los negros del sur para referirse a los blancos pobres, y bastante más adelante ha sido usada por blancos que consideran a su raza superior al resto, los así llamados “supremacistas”.

²² Belle Kearney. *A Slaveholder's Daughter*. New York, 1900, página 95.

²³ *Savannah Morning News*, citado por Edgard L. Ayers, en *Vengeance and Justice: Crime and Punishment in the 19 Century American South*. New York, 1984, páginas 244 y 245; Neil R. McMillen. *Dark Journey: Black Mississippians in the Age of Jim Crow*. Op. cit., página 239.

duda razonable estuviera convencido de que el acusado tomó parte en el asesinato de un negro, o bien instigó a hacerlo, ¿promovería su condena?”. Setenta y siete respondieron no y los restantes treinta y cuatro ciertamente habrían sopesado con mucho cuidado las consecuencias de emitir un veredicto de culpabilidad²⁴.

Autoridades distinguidas de todos los niveles de gobierno no solamente vacilaron en condenar los linchamientos; algunos participaron de esos eventos. William Van Amberg Sullivan, ex senador nacional por Mississippi, se jactó en 1908: “Yo dirigí la multitud que linchó a Nelse Patton y estoy orgulloso de haberlo hecho. Conduje cada movimiento de la masa e hice todo lo que pude para asegurarme de que fuera linchado”. En la quema pública de John Hartfield en Jones County, Mississippi, el fiscal de distrito, que más adelante sería congresista nacional electo, no solamente presencié la quemazón de la víctima sino que aprovechó la ocasión para hacer campaña política y además se negó a levantar cargos contra los líderes de la muchedumbre. Joshua W. Ashleigh, el líder de la multitud que en 1911 llevó a cabo el espantoso descuartizamiento de Willis Jackson en Honea Path, Carolina del Sur, era también el representante de ese distrito en la legislatura estatal. Su hijo, editor del periódico local, participó del linchamiento; en verdad, expresó orgullosamente a sus lectores que él, “había ido a ver la diversión sin la menor objeción por ser miembro de una partida que ayudaba a linchar al bruto”. Cuando algunas personas shockeadas de Carolina del Sur exigieron una investigación por parte del estado, el gobernador Cole Blease la objetó, y en vez de usar su autoridad para disuadir a los blancos de “castigar al negro bruto” juró que, de haber sido necesario, habría renunciado alegremente a su puesto y “se hubiera trasladado hasta Honea Path para dirigir a la multitud”. El diario de Spartanburg hizo la prevención de que cualquier intento de procesar a los asesinos “convertiría a los linchadores en héroes y los cualificaría para un cargo público”²⁵.

Si los líderes políticos fueron incapaces de hacer algo, los jueces, los comisarios, los carceleros y la policía local muchas veces estuvieron en el lugar de los linchamientos en estado de impotencia absoluta y en algunas ocasiones participando activamente del ritual. No era inhabitual que los partícipes de un linchamiento posaran para los fotógrafos de periódicos junto al sheriff y la víctima. Y si alguna autoridad hubiera elegido respetar el juramento de hacer respetar la ley hecho al asumir el cargo, probablemente habría debido luchar contra obstáculos insuperables, tales como la voluntad de la comunidad, que por lo general resultaba ser más que suficiente para hacer resignar a lo aparentemente inevitable. En el informe de una autoridad se lee: “Me puse frente a las celdas con toda la intención de cumplir con mi juramento y de proteger a ese hombre pero cuando la multitud forzó las puertas, la primera media docena resultaron ser los ciudadanos más importantes –empresarios, líderes religiosos y comunitarios–. No pude hacer nada”²⁶.

En el año 1899 y en forma previa al linchamiento de dos hombres en Morganton, Carolina del Norte, la muchedumbre atendió a un servicio religioso. Esto habla a las claras acerca de la cantidad de linchamientos que ocurrieron en algunas de las comunidades más religiosas del sur norteamericano. Si las iglesias blancas mostraron una indiferencia relativa a la violencia de los linchamientos es porque hubo razones de fuerza. A menudo el párroco era un integrante más de la muchedumbre. Algunos años más tarde, un blanco de Mississippi admitió que “La única manera de mantener a los defensores de los linchamientos en la iglesia era evitar decir algo que los hiciera sentirse incómodos como feligreses”. Algunos clérigos denunciaron los linchamientos y unos pocos se movieron para hacer algo. En Bulloch County, Georgia, el reverendo Whitely Langston echó a los parroquianos que habían participado de una muchedumbre de linchadores, una movida

²⁴ Ray Stannard Baker. *Following the Colour Line*. New York, 1908, página 198.

²⁵ Neil R. McMillen. *Dark Journey: Black Mississippians in the Age of Jim Crow*. *Op. cit.*, páginas 224, 244 y 245, y 247; *Crisis* n° 3, de diciembre de 1911, páginas 56 y 57, y 61; Bertram Wyatt-Brown. *Southern Honor: Ethics and Behaviour in the Old South*. New York, 1982, página 439.

²⁶ Jacqueline Dowd Hall. *Revolt against Chivalry: Jessie Daniel Ames and the Woman's Campaign against Lynching*. New York, 1979, página 140.

claramente impopular que resultó en la pérdida de veinticinco miembros de su congregación. Quedó a cargo de Ida B. Wells, activista negra contra los linchamientos y editora de periódicos, cuestionar el silencio relativo de las iglesias blancas: “*Nuestros cristianos están demasiado ocupados en salvar las almas de los blancos de arder en el infierno como para salvar las vidas de los negros de ser quemados vivos por las llamas encendidas por los cristianos blancos*”²⁷.

Cuando personas blancas cuestionaban los linchamientos parecían menos preocupadas por las víctimas que por la posibilidad bastante probable de que la civilización blanca en sí misma quedara en tela de juicio. Aunque estuvieran de acuerdo con la inferioridad de los negros y la necesidad de mantener la supremacía blanca, muchos se sentían alarmados por la desestabilización del orden social y la caída de sus regiones en la anarquía y el barbarismo. Un sacerdote del sur dijo: “*El peligro más grande de este momento es que las pasiones y el desorden están por todos lados no es que los negros pierdan el pellejo sino que los anglosajones pierdan su alma*”. El alcalde de Statesboro, Georgia, al igual que algunas de las autoridades públicas más conscientes, se alarmó ante la ruptura de la ley y el orden pero confesó su impotencia para prevenir los linchamientos: “*Si el Gran Jurado no procesa a estos linchadores, si las cortes locales no los condenan y si nuestros soldados no disparan sobre ellos, ¿para qué estamos aquí?*”²⁸.

Pero incluso aquellos que deploraron los linchamientos lo hicieron dentro de ciertos límites, asumiendo que alguna vez podría llegar a prevalecer una ley superior. La “*mejor parte*” de los blancos que respetaban la ley y el orden de la boca para afuera se encontraron demasiado a menudo mezclando su indignación con respecto a los linchamientos con un sentido de justicia y retribución de mayor peso. John Temple Graves, el influyente editor de periódicos de Atlanta, se dejó llevar por una ola de emoción durante una disertación suya dada en la Universidad de Chicago al comunicar el peligro inminente que encaraba toda mujer blanca del sur. En tales circunstancias, la multitud de linchadores era equivalente a “*una máquina de venganza, monstruosa, desafortunada y deplorable*” pero, aun así, resultaba ser “*el terror feroz del criminal y la principal defensa de la mujer*”²⁹. Desde ya que si la caracterización de la mujer blanca en peligro hecha por Graves tuviera algún mérito, entonces la epidemia de linchamientos a la que disculpaba no había logrado nada en términos de mayor seguridad femenina. El eminente editor ni siquiera hubiera contemplado que esa misma justicia de la multitud pudiera ser aplicada a los blancos de su propia clase social que violaban a mujeres negras.

En muy poco tiempo apareció en el sur una “*pornografía popular*” que ponía en escena temas del pasado y añadía nuevas dimensiones³⁰. Respalda a los linchamientos era insistir en la depravación sexual del hombre negro, hacer surgir el espectro de la bestia negra poseída por pasiones sexuales salvajes e incontrolables que eran inherentes a su raza. Es decir que la inhumanidad, la perversión, la bestialidad y el salvajismo de los blancos que participaban de los linchamientos eran justificados en nombre de la humanidad, la moralidad, la justicia, la civilización y la Cristiandad. Y había pocas razones para cuestionar las convicciones profundas que hacían obrar a los blancos de esa manera: terminaron por creer en su propia retórica tanto como lo habían hecho antes los defensores de la esclavitud. El negro considerado como bestia se transformó en un elemento fundamental de la imaginación racial del sur ocupando un lugar junto al muy venerado criado negro fiel. Los blancos eran perfectamente capaces de basarse en ambas a fin de sustentar su

²⁷ Thomas D. Clark. *Southern Country Editor. Op. cit.*, página 243; Neil R. McMillen. *Dark Journey: Black Mississippians in the Age of Jim Crow. Op. cit.*, página 246; Ray Stannard Baker. *Following the Colour Line. Op. cit.*, página 189; Ida B. Wells. *Crusade for Justice: The Autobiography of Ida B. Wells*. Editado por Alfreda M. Duster. Chicago, 1970, páginas 154 y 155.

²⁸ Reverendo John E. White. “The Need of a Southern Program on the Negro”, en *South Atlantic Quarterly* n° 6, de 1907, páginas 184 y 185; Ray Stannard Baker. *Following the Colour Line. Op. cit.*, página 190.

²⁹ *The Possibilities of the Negro in Symposium*. Atlanta, 1904, página 15.

³⁰ Jacqueline Dowd Hall. *Revolt against Chivalry: Jessie Daniel Ames and the Woman’s Campaign against Lynching. Op. cit.*, páginas 150 y 151. El término “folk pornography” fue acuñado por Hall en el capítulo sobre el linchamiento y la violación.

propia imagen. Después de todo, los negros poseían una naturaleza dual: eran dóciles y amigables en caso de ser esclavizados o reprimidos severamente, pero en estado de libertad o bien si no eran controlados, como sucedía con aquellos negros que habían crecido luego de la guerra civil, resultaban ser salvajes, lujuriosos y capaces de matar y mutilar. Un periódico de Memphis insistió en que esa generación, “*en gran medida había perdido el saludable y tradicional temor reverencial a los blancos que los mantenía sometidos... Ya no existen restricciones a las pasiones brutas de los negros*”³¹.

Los blancos parecían incapaces de captar la hipocresía supuesta en la reprobación de la violación de mujeres blancas por parte de los negros y el disculpar o el pasar por alto la violación de mujeres negras por parte de los blancos. La aproximación sexual de un hombre negro a una mujer blanca, o movimientos suyos que pudieran ser confundidos con un avance sexual, era una invitación segura a la tortura seguida de muerte. Para un hombre blanco, la explotación de una mujer negra con el fin de ser iniciado sexualmente o bien para su placer, disfrutaba de la tolerancia comunitaria. La manera más expeditiva de desentenderse del tema era negar la existencia del violador blanco en tanto se decía que las mujeres negras se entregaban voluntariamente, incluso anhelantemente, a los hombres blancos. No todos los blancos creían verdaderamente en este argumento aunque lo invocaran rutinariamente para consumo público. Algunas personas blancas condenaban la violación por parte de los negros en términos indubitables pero sugerían que los negros habían sido incitados no por las mujeres sino por hombres blancos que, al tomarse libertades con mujeres negras, provocaban represalias. Cuando T. W. Walker, un negro de Georgia, fue sentenciado a muerte por asesinar a un hacendado blanco y pudiente, los primeros despachos de información no parecieron encontrar una razón que justificara la agresión. Pero un editor de periódicos, negro, publicó que el hacendado había forzado brutalmente a la esposa de Walker. Antes de que Walker fuera sacado de la corte el hermano del hacendado le disparó, hiriéndolo de gravedad, y en ese estado fue colgado. El pariente del hacendado no fue procesado, no así el editor negro, que fue arrestado de inmediato acusado de difamación³².

El temor de los blancos se asentaba en la suposición de que la mayoría de los linchamientos se originaban en agresiones sexuales. Pero los relatos de violencia sexual, en muchos casos, resultaron ser infundados, y si se los examina cuidadosamente sólo revelan que un hombre negro había transgredido las reglas de la etiqueta racial comportándose de un modo interpretable como insulto racial o bien había violado la veda del sexo interracial consentido. Lo que Walter White llamaría “*la propensión a la histeria de las mujeres blancas sureñas en tanto un negro estuviera concernido*” creaba situaciones de ataques sexuales más imaginados que reales por los cuales tanto blancos como negros inocentes perdieron la vida en nombre de la preservación de la santidad de la femineidad blanca³³.

Un periódico de Little Rock publicó que, en tanto los negros “*posen su vista lujuriosa en mujeres blancas y en tanto cualquiera de ellos intente derribar la barrera que por mil años ha existido entre los negros y el hombre blanco*”, los blancos no serían “*lentos ni tímidos*” en los métodos a emplear para aplicar un castigo apropiado. “*Desde el punto de vista de un negro de Boston esta podría ser ‘brutalidad sureña’, pero en los círculos de gente bien educada la llamamos hidalguía sureña, una virtud del sur que nunca morirá*”³⁴. Pero la hidalguía defensora de la femineidad de la mujer en riesgo era solamente una racionalización, no una explicación de la epidemia de asesinatos por acción de muchedumbres que consumió al sur. En nuestros días, la

³¹ *Memphis Daily Commercial*, del 17 de mayo de 1892, citado por Ida B. Wells en *Southern Horrors*. New York, 1892.

³² *Crisis* n° 3, de enero de 1912, página 101.

³³ Walter White. *Rope and Faggot: A Biography of Judge Lynch*. *Op. cit.*, páginas 57 y 58; *Crisis*, de noviembre de 1911, página 11. Para los casos en que tanto los blancos como los negros padecieron la histeria acerca de los ataques sexuales véase, de Edgard L. Ayers, *Vengeance and Justice: Crime and Punishment in the 19 Century American South*. *Op. cit.*, páginas 241 y 242.

³⁴ *Little Rock Daily News*, citado en *Crisis* n° 12, de abril de 1918, páginas 288 y 289.

violación y la indiscreción sexual resultan ser una causa relativamente menor de la violencia de las multitudes. De los casi tres mil negros que fueron linchados entre 1889 y 1918 sólo el 19 por ciento había sido acusado de violación. Pero lo que supuestamente había ocurrido terminó siendo más importante para la opinión pública que lo realmente sucedido. La percepción pública del linchamiento, alimentada por los medios masivos de comunicación, era invariablemente que había sido precipitado por crímenes sexuales cometidos por un hombre negro. Walter White escribió: *Habiendo creado el monstruo de Frankenstein (no menos espantoso por ser ilusorio) el linchador vive en constante temor ante su propia creación*³⁵.

Las faltas que precipitaban la violencia multitudinaria estaban vinculadas menos a crímenes de índole sexual (tal como eran escandalizados por la prensa) que a la agresión física y la muerte (la imputación más habitual), el robo, el incendio premeditado, las violaciones al código racial, la competencia económica y las disputas acerca del pago de la cosecha. Muchas de estas transgresiones habrían sido consideradas triviales si hubieran sido cometidas por blancos y en ningún lugar eran fundamento para la pena capital: por usar un lenguaje irrespetuoso, insultante, calumnioso, jactancioso, amenazante o “*incendiario*”; por tener comportamiento impropio, insubordinado o impertinente (una mueca sarcástica, reírse en el momento erróneo, un silencio prolongado); por rehusarse a quitarse el sombrero en presencia de un blanco o a ceder el paso en las veredas; por hacer frente a las agresiones de los blancos; por “*ser, por lo general, problemático*”; por conducta desordenada, hurtos de poca monta o borracheras; por enviar cartas impropias (“*insultantes*”) a una persona blanca; por prestar atención indebida a una mujer blanca; por acusar a un hombre blanco de escribir cartas de amor a una mujer negra; por mantener compañía con una mujer blanca o por vivir con ella; por entregar evidencias o por negarse a hacerlo; por dar testimonio o por llevar a juicio a una persona blanca; por estar relacionado con una persona acusada de un crimen y ya linchada; por actividades políticas; por organizar sindicatos; por conjurar; por discutir los linchamientos; por apostar en juego; por manejar “*casas de mala fama*”; por deudas personales; por negarse a aceptar un ofrecimiento de empleo; por “saltarse” un contrato de trabajo; por vagancia; por rehusarse a entregar la propia granja; por exhibir conspicuamente la riqueza o la propiedad; por intentar comportarse como un hombre blanco³⁶.

A menudo, las víctimas de linchamientos habían desafiado o roto inintencionadamente las normas prevalecientes de la supremacía blanca con faltas que abarcaban lo serio (a ojos de los blancos) y lo trivial. Charles Jones, un joven de Grovetown, Georgia, fue linchado por 150 blancos por robar un par de zapatos y por “fanfarronear”. Henry Sykes fue linchado en Okolona, Mississippi, por molestar a chicas blancas mediante llamadas telefónicas. Un joven tejano fue metido en la cárcel por escribir una carta insultante a una joven mujer blanca: una multitud irrumpió

³⁵ NAACP. *Thirty Years of Lynching in the United States. 1889-1918*. New York, 1919, página 36; Walter White. *Rope and Faggot: A Biography of Judge Lynch*. *Op. cit.*, páginas 56 y 57. Véase, también, de Monroe N. Work (ed.), *Negro Year Book: An Annual Encyclopedia of the Negro. 1937-1938*. Tuskegee, Alabama, 1937, páginas 156 a 158.

³⁶ NAACP. *An Analysis of 3.216 Lynchings in Thirteen Estados for the Period 1889 to March 1935*; NAACP. *Thirty Years of Lynching in the United States. 1889-1918*. *Op. cit.*; *Lynch List as Published in the Richmond Planet*. Richmond, ¿1889?; W. Laird Clowes. *Black America: A Study of the Ex-Slave and His Late Master*. Londres, 1891, página 95; *Arkansas Weekly Mansion*, Little Rock, del 23 de junio de 1883; Harry Johnston. *The Negro in the New World*. Londres, 1910, página 466; *Chicago Defender*, del 10 de enero de 1910; Robert T. Kerlin. *The Voice of the Negro 1919*. New York, 1920, páginas 100 y 101; Neil R. McMillen. *Dark Journey: Black Mississippians in the Age of Jim Crow*. *Op. cit.*, página 236. “Se dice que los negros obtienen justicia en las cortes estatales, y sin embargo ser ‘descortés’, ‘indolente’ o ‘impertinente’ son faltas capitales en el sur por las cuales los negros son matados despiadadamente, pero en los archivos de las cortes desde la guerra no se registra ni un solo blanco que haya sido colgado por asesinar desenfrenadamente a un hombre de color, mucho menos por matar a un negro ‘indolente’ o ‘impertinente’”. De un discurso de W. A. Pledger, de Georgia. *Official Compilation of Proceedings of the Afro-American League National Convention Held at Chicago. January 15, 16, 17, 1890*. Chicago, 1890, página 23.

en su celda y lo mató a balazos. Jeff Brown rozó accidentalmente a una chica blanca mientras corría para alcanzar el tren; una muchedumbre lo colgó por “*intento de violación*”. Por causa de su “*inutilidad absoluta*”, John Shaw y George Call, dos jóvenes de dieciocho años de Lynchburg, Virginia, fueron asesinados con disparos luego que la multitud fracasara en su intento de ahorcarlos³⁷. Un editor de periódicos de Carolina del Sur reconoció en 1917 que tres cuartas partes de los linchamientos acontecían por “*faltas triviales*” y que algunas veces eran “*masacrados*” hombres completamente inocentes³⁸.

En numerosas ocasiones, los negros del sur fueron víctimas de linchamientos o quemados vivos tan sólo porque eran negros y porque estaban en el lugar equivocado en el momento equivocado. La única evidencia contra Jim Black, Thomas Ryor y James Ford, implicados en la muerte de la esposa de un granjero blanco de Hendersonville, Carolina del Sur, era que habían sido vistos en el vecindario; los tres jóvenes fueron linchados rápidamente. Más tarde, el granjero confesó haber sido él mismo el asesino de su esposa. Fred y Jane Sullivan fueron acusados de prender fuego a un granero; una multitud linchó a la pareja sin importarle la presencia de su niño de cuatro años de edad. Luego de vaciar sus cargadores en la persona de Bob Kennedy por agredir a un hombre blanco, la turba se dio cuenta que no se trataba del hombre buscado por ese crimen y de inmediato continuó la cacería en pos “*del que sí era culpable*”³⁹.

Un hombre del sur hizo notar que las muchedumbres se predisponían a linchar más rápidamente a negros que “*habían ofendido ese algo intangible llamado ‘superioridad racial’*”. De hecho, esa fue la falta, ajena a las sugerencias de impropiedad sexual, que precipitó montones de linchamientos. Una autoridad federal de Wilkinson County, Mississippi, declaró que “*lo mejor que se puede hacer con un negro con ideas raras en la cabeza es mandarlo bajo tierra lo más rápido posible*”. En su regreso a casa, Rufus Moncrief cometió uno de esos errores al encontrarse con un grupo de blancos: no mostró ninguna humildad y se sacó el sombrero con desgano. Los hombres le dieron una paliza y luego, junto a otros, intentaron cortarle las piernas con una sierra. Terminaron ahorcando lo que quedó de él y no dejaron de mutilarlo hasta el último momento. Además, por añadidura, también colgaron al perro de Moncrief, se fueron a informar a la viuda que encontraría dos marionetas colgando de un árbol cercano y la conminaron a removerlas rápidamente si no quería que su granja ardiera hasta los cimientos. La mujer, octogenaria, descolgó los cuerpos y los colocó en bolsas de avena para poder enterrarlos. El informe del investigador policial a cargo dictaminó que Moncrief había encontrado la muerte “*a manos de personas desconocidas*”⁴⁰.

Muy frecuentemente los investigadores no hallaban causas fácilmente identificables de un linchamiento, a no ser el ansia blanca de emociones y de esparcimiento. Para alguna gente, “matar negros” se había transformado en un deporte equivalente a otras diversiones y entretenimientos y para 1911 su popularidad había movido a un periódico negro a llamarlo “*el pasatiempo nacional*”⁴¹. Walter White escribió que los linchamientos, como cualquier otra recreación, proveían a los blancos de una huida bienvenida de “*la rutina interminable de grises jornadas laborales y*

³⁷ Artículos de una variedad de diarios y periódicos, en Group I Administrative File Subject File (C371). Archivos de la NAACP, División de Manuscritos, Biblioteca del Congreso.

³⁸ Carta de W. W. Ball, editor de *The State*, de Columbia, Carolina del Sur, a Frederick Calvin Norton, del 1º de diciembre de 1917. W. W. Ball Papers, Biblioteca de la Universidad de Duke.

³⁹ *New York Tribune*, del 3 de marzo de 1904 y del 2 de diciembre de 1905, en Group I Administrative File Subject File (C371), Archivos de la NAACP, División de Manuscritos, Biblioteca del Congreso.

⁴⁰ Jacqueline Dowd Hall. *Revolt against Chivalry: Jessie Daniel Ames and the Woman's Campaign against Lynching*. New York, *Op. cit.*, páginas 141 y 142; Allison Davis. *Leadership, Love and Aggression*. New York, 1983, página 160; *Chicago Defender*, del 22 de septiembre de 1917. De los 4.715 negros que fueron linchados entre 1882 y 1946, el 26 por ciento habían sido acusados de una infracción menor o no habían sido acusados siquiera.

⁴¹ *Crisis* n° 1, de enero de 1911; páginas 18 y 19. El término apareció arriba de una historieta que representaba un linchamiento y en el encabezamiento se leía: “Setenta y cinco por ciento de los negros linchados ni siquiera han sido acusados de violación”.

hogareñas”. En 1890 y en Augusta, Georgia, un negro fue hallado en la calle acribillado a balazos. Un vecino blanco, que sospechaba de la responsabilidad de un cierto grupo de hombres, preguntó a uno de ellos: “Pat, ¿quién mató al negro?”. El hombre respondió con una sonrisa burlona: “Bueno, fue uno de los muchachos”. El vecino volvió a preguntar: “¿Por qué le hicieron eso?”. Pat replicó: “Porque era negro”, y como si esa no hubiera sido suficiente explicación, agregó: “Y porque era el mejor negro de la ciudad. Hasta se sacaba el sombrero delante mío”⁴².

Aunque muchas veces se comentó que esa era la causa de la violencia de la multitud, persistió la presuposición de que un linchamiento ocasional, no importa cual fuera su motivo, servía a un propósito útil, que periódicamente era necesario hacer recordar a la nueva generación de negros cuál era su lugar en la sociedad sureña. Un joven blanco del sur explicó a un visitante del norte de los Estados Unidos: “Usted no comprende cómo nos sentimos aquí; cuando hay una trifulca queremos matar a un negro, no importa si ha hecho algo o no”. Era imperioso que los negros entendieran sus límites. Un blanco de Mississippi dijo de un negro que estaba siendo juzgado: “No le será posible a un blanco vivir en este país si dejamos que los negros se hagan los importantes. Ojala me dejaran agarrarlo. Le cortarían las pelotas y se las tiraría a los cerdos”. Unos años después, cuando los linchamientos habían amenguado, un residente blanco de Oxford, Mississippi, dijo a un visitante que los linchamientos aún tenían una virtud catártica y reafirmante que beneficiaban a la entera comunidad: “Ya es tiempo de otro linchamiento. Si los negros ya no temen ser linchados, es hora de meterles miedo”⁴³.

La causa aparente de algunos linchamientos parece no haber sido otra que malograr la relativa mejoría económica de algunas personas negras. Anthony Crawford, nacido de padres esclavos en 1865, se había transformado en un importante granjero y propietario de tierras en Abbeville, Carolina del Sur. Doce hijos varones y cuatro mujeres vivían en las cercanías de su granja. Era secretario de la Iglesia Metodista Episcopal Africana de su localidad, es decir una figura cardinal de la comunidad. Pocos negros, o bien blancos, se habían esforzado más que él para adoptar el evangelio de la autoayuda. Un testigo hizo notar que “La vida y el carácter de Anthony Crawford sintetizaron todas aquellas virtudes que Booker T. Washington⁴⁴ promovía para los negros”. El 21 de octubre de 1916 Crawford fue hasta el pueblo a vender algodón. Una vez allí mantuvo un áspero intercambio de palabras con un empresario blanco en relación al valor de la cosecha pero se retiró luego que un empleado de la tienda esgrimiera un hacha con ánimo amenazante. De inmediato Crawford fue arrestado y llevado a la cárcel, donde inicialmente se garantizó su seguridad ante una multitud de blancos enfurecidos por causa de su insolencia. El exaltado gerente de la tienda dijo: “Cuando un negro se vuelve imprudente lo enderezamos y le damos un poco”. El presidente del National Bank de Abbeville se mostró de acuerdo: “Crawford fue insolente con un blanco y se merecía una golpiza”.

Crawford fue liberado tras el pago de una fianza. Al dirigirse hacia la desmotadora de algodón para retirar lo que era suyo la muchedumbre se reagrupó. Crawford se defendió del ataque y hasta pudo herir a un blanco pero finalmente fue vencido y pateado hasta perder la conciencia. El sheriff logró persuadir a la multitud de permitirle recuperar la custodia de Crawford. Ya en la celda, sangrando por la boca y casi sin dientes, se le escuchó decir: “Pensé que yo era un buen ciudadano”. Pero por no exhibir “la humildad esperada de un negro”, se había vuelto vulnerable. Luego de que circulara el rumor falso de que Crawford sería llevado a otra cárcel, la multitud se movilizó de nuevo e ingresó fácilmente dentro de la comisaría. Después de arrastrar al cuerpo

⁴² Walter White. *Rope and Faggot: A Biography of Judge Lynch*. Op. cit., página 9; *Pittsburgh Dispatch*, del 11 de enero de 1890, citado en el libro de W. Laird Clowes, *Black America: A Study of the Ex-Slave and His Late Master*. Op. cit., páginas 94 y 95. Acerca del “nigger killing” como pasatiempo, véase, de Harry Johnston, *The Negro in the New World*. Op. cit., página 463.

⁴³ Albert Bushnell Hart. “The Outcome of the Southern Race Question”, en *North American Review* n° 188, de julio de 1908, página 56; David L. Cohn. *Where I Was Born and Raised*. Boston, 1948, página 74; Neil R. McMillen. *Dark Journey: Black Mississippians in the Age of Jim Crow*. Op. cit., páginas 236 y 237.

⁴⁴ Educador y líder de la comunidad negra en los Estados Unidos, nacido esclavo en 1856 y fallecido en 1915.

quebrado de Crawford tres pisos por escalera, de mutilarlo y de hundir las botas en su rostro tembloroso, la turba puso una soga alrededor de su cuello y se lo llevó a la rastra por el barrio negro a modo de advertencia. Finalmente, lo colgaron de un pino y lo remataron a balazos. El fiscal, cumpliendo con su deber, convocó a un jurado que llegó a la conclusión de que Anthony P. Crawford había muerto a manos de personas desconocidas. Además, una asamblea de ciudadanos conminó a los miembros restantes de la familia Crawford a abandonar el pueblo en el plazo de tres semanas.

Uno de los principales periódicos de Carolina del Sur no tuvo la menor dificultad en certificar el motivo principal de la muerte de Crawford: “*Crawford estaba valuado en unos 20.000 dólares y eso es más de lo que valen la mayor parte de los granjeros blancos de la región. La propiedad siempre vuelve a los negros más asertivos, más independientes, y el cracker no lo puede soportar*”. Por causa de sus acciones, y de sus inacciones, y más allá de todas las clases sociales, los ciudadanos de Abbeville demostraron no sólo cobardía extraordinaria sino también complicidad en el crimen. Señalando el árbol en el que Crawford fue ahorcado, un residente dijo: “*Supongo que la gente no se hubiera encarnizado tanto, pero sucede que hace tres años que no se divertían con los negros, y tal parece que tiene que haber un linchamiento de vez en cuando*”⁴⁵.

Si los linchamientos estaban pensados para enviar un mensaje potente a la comunidad negra y para dejar en claro su vulnerabilidad, los blancos triunfaron. Pero ese triunfo reveló a los hombres y mujeres negros el carácter moral de la comunidad blanca de modos que nunca serían olvidados. La impresión transmitida no fue tanto la superioridad racial de los blancos como su enorme capacidad para el salvajismo y la cobardía, porque infligían el terror si estaban en muchedumbres, raramente en forma individual. Una mujer de Mississippi dijo: “*Nunca escuché hablar de que un solo hombre blanco saliera a capturar un negro. Son la gente más cobarde que he conocido*”⁴⁶.

Tienen los jueces
Tienen los abogados
Tienen la nómina de jurados
Tienen la ley
No vienen uno por uno
Tienen al sheriff
Tienen diputados
No vienen de a dos
Tienen los revólveres
Tienen la soga
Nosotros tenemos la justicia, al final
Pero ellos llegan por decenas⁴⁷.

El hecho de que muchos negros quisieran encontrar en la intensidad de la represión y la violencia un signo de esperanza y de progreso habla por sí solo de su desesperación. Walter White escribió que “*el linchamiento es mucho más una expresión del miedo sureño al avance de los negros que de crímenes cometidos*”. En este sentido, los linchamientos no necesariamente lograron reforzar la represión racial; por el contrario, señalan el rechazo de los negros a someterse a esa

⁴⁵ Roy Nash. “The Lynching of Anthony Crawford”, 1916; Carta de W. T. Andrews, procurador público, Sumter, Carolina del Sur, a W. E. B. DuBois, del 26 de octubre de 1916; *Scimitar*, de Abbeville, Carolina del Sur, del 1º y el 15 de febrero de 1917; *New York Evening Post*, del 23 de noviembre de 1916; Archivos NAACP (C343-C364), División de Manuscritos, Biblioteca del Congreso.

⁴⁶ Fanny Lou Hamer. “To Praise Our Bridges”, en el libro compilado por Dorothy Abbott, *Mississippi Writers: Reflections of Childhood and Youth*, en cinco volúmenes. Jackson, Mississippi, 1985-1991, página 323 del volumen 2.

⁴⁷ Sterling A. Brown. “Old Lem”, en *The Collected Poems of Sterling A. Brown*. New York, 1980, páginas 170 y 171.

represión. En 1892, no otro que Frederick Douglass⁴⁸ sugirió que la violencia racial y los linchamientos podrían ser tomados por “*un síntoma favorable*”.

“Es la prueba de que el negro no se ha quedado quieto. No está muerto sino vivo y activo. No está boyando con la corriente sino resistiéndola virilmente y abriéndose camino hacia mejores condiciones que las del pasado y mejores que las prescritas para él por la opinión popular. El negro no está contento con sus circunstancias. Un barco anclado no enfrenta resistencias pero cuando navega en el mar tiene que embestir contra oleadas en sentido contrario. Los enemigos de los negros perciben que están haciendo progresos y quieren detenerlos y mantenerlos en lo que ellos consideran su lugar apropiado. Aquellos que aspiran a calificaciones más altas que las establecidos por la sociedad son despreciados y escarnecidos, como si fueran advenedizos engreídos”.

Henry M. Turner argumentó en 1904 que la extraordinaria cantidad de atención y energía dedicada a los negros del sur eran en sí mismas una refutación del cargo de inferioridad. “*Muchas más decisiones judiciales han sido proclamadas y muchas más leyes fueron promulgadas por las distintas legislaturas del país contra este pedazo de inferioridad llamado negro de las que han sido emitidas contra cualquier otra gente desde el comienzo de los tiempos*”. Con respecto a los intentos de suprimir la raza, Turner infirió: “*Pareciera que el negro es el hombre más imponente sobre la Tierra*”⁴⁹.

Eso era hablar claramente de cara a una dura realidad. ¿Cuántos de los que padecieron esa prueba de fuego vivieron para contarlo? ¿Quién puede saber hoy en día lo que esos negros estaban preparados a sufrir en nombre de la regeneración y la redención de la raza? Los obstáculos que la gente negra debió afrontar fueron excepcionales, distintos a los encarados por cualquier grupo de inmigrantes, y estaban determinados profundamente por la experiencia de la esclavitud y por los modos en que los blancos percibían y reaccionaban ante las diferencias raciales. La sociedad dominante blanca sostenía que los negros eran incapaces de transformarse en sus iguales económicos, políticos y sociales, y al mismo tiempo revelaba el temor de que pudieran llegar a lograrlo. No fue la prueba del fracaso de los negros sino la de sus logros lo que alarmó al sur blanco durante la Reconstrucción: la evidencia del éxito, la afirmación, la independencia y el avance, la evidencia del aprendizaje de los usos del poder político. Un observador de entonces hizo notar que mientras más se acercaban los negros a la urna de votación tanto más se asemejaban a violadores.

Esto indica la magnitud del problema. Aunque los blancos despreciaban la incompetencia de los negros, igualmente temían la evidencia de su competencia y de su independencia. Aunque hacían mofa de los negros por causa de su ignorancia, se sentían agraviados por negros educados, letrados, ambiciosos y triunfantes. Era aceptable el negro bufón, el negro servil, el negro sirviente, la clase de negro que no suponía amenaza alguna. La violencia descargada sobre los negros fue, a menudo, selectiva, dirigida contra aquellos educados y exitosos, contra los que estaban en posiciones de liderazgo, contra quienes se determinaron a sí mismo a progresar, contra los que eran propietarios de granjas y de negocios, contra personas sospechadas de haber guardado sus ahorros, contra los que acababan de hacer una cosecha, es decir hombres y mujeres a los que se percibía fuera de su lugar, “*tratando de ser como blancos*”. Las contradicciones se acumularon y pocos negros encontraron modos de reconciliarlas. ¿Cómo ser frugales si les resultaba imposible, incluso peligroso, juntar ahorros? ¿Cómo mantener una apariencia pulcra y casas limpias si les eran negados el alojamiento decente y los servicios públicos básicos, y si los blancos ridiculizaban los

⁴⁸ Orador, editor y abolicionista negro, nacido esclavo (1818-1895). Fue candidato a vicepresidente de los Estados Unidos en 1872 por el Equal Rights Party, acompañando en la fórmula a Victoria Woodhull.

⁴⁹ Walter White. *Rope and Faggot: A Biography of Judge Lynch*. *Op. cit.*, capítulo II; Introducción a *The Reason Why the Colored American Is Not in the World's Columbian Exposition*, en el libro compilado por Phillip S. Foner, *The Life and Writings of Frederick Douglass*, en cuatro volúmenes. New York, 1950-1955, volumen 4, página 476; Henry M. Turner. “Races Must Separate”, en *The Possibilities of the Negro in Symposium*. Atlanta, 1904, página 94.

esfuerzos hechos por los negros para mejorar sus aspectos y sus hogares? ¿Cómo ser diligentes y buenos trabajadores si les eran denegadas recompensas por su labor? ¿Cómo respetar la ley si la ley y sus órganos ejecutivos rehusaban concederles respeto y protección?

El terrorismo impartido se basaba en el racismo de la “buena sociedad”. Las multitudes linchaban negros con crueldad sádica calculada, pero los historiadores y las ciencias académicas fueron igual de ingeniosos en la provisión de apuntamientos de pensamiento racista, validando teorías acerca de la degeneración de los negros y sobre su inferioridad cultural e intelectual, y justificando leyes, prácticas y creencias con basamentos históricos y “científicos”. La literatura popular, las caricaturas de la prensa, los minstrel shows⁵⁰ y los espectáculos de vaudeville representaban a los negros como una raza de bufones y de bobos. El cine, con el estreno de *El Nacimiento de una Nación*⁵¹ en 1915, explicó mejor que cualquier historiador el “problema negro” al pueblo norteamericano, es decir los peligros, vívidamente mostrados en pantalla, propuestos por una raza liberada de las restricciones de la esclavitud. La película advertía que por debajo del exterior sonriente del hombre negro acechaba un salvajismo insensato que exigía de la vigilancia blanca y, de ser necesario, del vigilantismo.

Alguna vez Ralph Ellison sugirió que todo pueblo que pudo soportar tanta brutalidad y aun así perdurar, “*obviamente es más que la suma de su brutalización*”. En medio de la implacable hostilidad blanca, los negros se ensimismaron y construyeron un mundo separado en sus comunidades, una réplica de la sociedad de la cual habían sido excluidos, con sus propios colegios, iglesias, negocios, órdenes fraternales, prácticas culturales, y formas de activismo y expresión. Dentro de límites rígidamente prescritos, hombres y mujeres negros improvisaron estrategias para tratar con los blancos. Las opciones nunca fueron fáciles; los riesgos, grandes. Sobrevivir significaba asumir una resignación pragmática a la realidad, cuidar cada palabra dicha y cada acción realizada enfrente de blancos, no develar los sentimientos verdaderos, portar una máscara.

Pero ni la acomodación ni la resignación se tradujeron en satisfacción o respeto con respecto al mundo de los blancos. En sus tratos con blancos, los negros no esperaban ninguna demostración de equidad o de sentido de la justicia. De su vida como granjero arrendatario en Alabama, dijo Ned Cobb: “*La forma en que fui tratado se grabó en mí, en mi mente; la forma en que vi tratar a otra gente de color, nunca pude guiarme por lo que tú piensas o dices, tuve que terminar a las órdenes del hombre blanco... Bueno, eso no es reconocerme, fui rebajado en cada paso de mi vida... Esa es la forma en que lo hacían, y había negros en este país que se creían esa mierda... Yo estudié y estudié mucho a los hombres blancos*”. Ned Cobb se acomodó; nunca se sometió. A fin de “arreglárselas” y obtener lo que quería de la gente blanca, Cobb asumió el comportamiento necesario y habilidades verbales. Aprendió “*a humillarse y a callarse la boca*”. Sabía quedarse mudo si la situación lo exigía. Y aunque “*se cansó de ello*”, aprendió a retroceder, a encajar “*todo tipo de insultos*”. Pero había límites, y éstos mismos asumieron una importancia creciente en su vida. Se negó a someterse pasivamente a los antojos de cada hombre blanco. Se negó a rebajarse, a transformarse en un “*white man’s nigger*”: “*En el pasado, me acomodaba a cualquiera, pero no creía en esta manera de agacharme de rodillas y de hacer lo que cualquier blanco quería... No voy a hacer lo que otros quieran que vaya contra mi propia vida. Lo primero de todo: me cuidó a mí mismo y me respeto*”. Esa determinación de mantener el autorespeto, de marcar una línea entre él mismo y los blancos, le costó finalmente doce años en una prisión estatal, donde pudo contemplar la diferencia entre la vida de un convicto negro y la de un cultivador del mismo color: “*Afuera, me cercaban con deudas y no con alambre*”⁵².

⁵⁰ Espectáculos en los que un actor blanco se tiznaba la cara e imitaba a los negros.

⁵¹ Película dirigida por D. W. Griffith cuya acción transcurre durante la Guerra Civil Norteamericana y después de su término. La película es una de las más polémicas de la historia del cine, por cuanto glorifica la supremacía blanca.

⁵² Theodore Rosergarten. *All God's Dangers: The Life of Nate Shaw*. 1974, páginas 109 y 110, 390, 413, 432 y 433, y 545.

Durante las tres primeras décadas del siglo XX, los mecanismos que regulaban el lugar de los negros se mantuvieron mayormente en pie. El número de linchamientos decreció significativamente después de 1930 pero no cesó, ni disminuyó tampoco la brutalidad infligida sobre los negros del sur. Las muertes por linchamiento más espectaculares –Claude Neal, en Marianna, Florida, en 1934; Cleo Wright, en Sikeston, Missouri, 1942; George W. Dorsey y Roger Malcolm y sus respectivas esposas, en Monroe, Georgia, en 1946; William Earle, en Pickens, Carolina del Norte, en 1947; Emmet Hill, en Money, Mississippi, en 1955; Mack Charles Parker, en Poplarville, Mississippi, en 1959– anticiparon una nueva ola de asesinatos terroristas que haría erupción cuando los blancos usaron todos los medios a su disposición para mantener su supremacía ante un movimiento por los derechos civiles expandido y envalentonado. Por ejemplo, entre 1961 y 1965 fueron registradas veintiuna muertes por causa de los derechos civiles en el sur profundo, y ni un solo hombre blanco fue enviado a presidio.

A comienzos del siglo XX los activistas negros habían intentado despertar a la opinión pública con respecto a la epidemia de linchamientos en el sur. La periodista y activista Ida B. Wells movilizó a la opinión pública, tal como lo hizo la recientemente organizada National Association for the Advancement of Colored People (NAACP). En el sur, algunos blancos salieron al ruedo y desafiaron a los linchamientos, notablemente la Association of Southern Women for the Prevention of Lynching, fundada en 1930 por Jessie Daniel Ames. Activistas negros y blancos trabajaron juntos en la década de 1930 para promover legislación federal en contra de los linchamientos, pero ni siquiera Franklin Delano Roosevelt, un presidente liberal, estuvo dispuesto a dar su respaldo a tales leyes, pues suponía poner en riesgo el apoyo electoral de los blancos sureños. Los hombres de negocios blancos, siendo conscientes de que la percepción de un sur violento desalentaba a los inversores e impedía el desarrollo económico, comenzaron a demandar cambios y las autoridades competentes hicieron algunos progresos logrando llevar a juicio a negros acusados de crímenes. Pero la maquinaria de la supremacía blanca cuidadosamente construida demostró un extraordinario poder de freno y en muchos casos los juicios rápidos y la justicia inicua se tradujeron en linchamientos legales. Un negro de Carolina del Sur reflexionaba en la década de 1920: “*No hay nada que hacer. Las cortes de este país no son para los negros... Me parece que cuando hay problemas, la ley y un negro es el deporte de los hombres blancos, la justicia es una extraña en sus precintos, y no hay piedad*”⁵³.

Casi un siglo después de la guerra civil, en nuevos campos de batalla –Montgomery, Selma, Birmingham, Little Rock, Boston, Chicago, Los Ángeles– se encararía una nueva lucha acerca del significado de la libertad y la justicia en los Estados Unidos a cargo de una nueva generación de afro-americanos en un mundo de cambios rápidos y en un nuevo clima de necesidades políticas. El rol expandido de los Estados Unidos como líder del “mundo libre” en la comunidad mundial, junto con el surgimiento de la Guerra Fría en la cual la Unión Soviética explotó el record lamentable de los norteamericanos como protectores de sus propios oprimidos, motivaron una reevaluación del rol inferior que tradicionalmente había sido asignado a los afro-americanos. Cada episodio racial y cada estallido de violencia racista en los Estados Unidos eran instantáneamente informados en todo el mundo, afectando adversamente la imagen norteamericana.

Más de un millón de norteamericanos negros lucharon en la Segunda Guerra Mundial para hacer del mundo un lugar seguro para la democracia. Después de la guerra, cantidades aún más grandes de personas desarrollaron nuevas estrategias y tácticas para hacer de los Estados Unidos un lugar seguro para ellos mismos. Creció la convicción de que las maneras acostumbradas ya no tenían validez y hombres y mujeres negros darían voz a ese sentimiento en formas que la Norteamérica blanca ya no podía ignorar.

La necesidad de esta muestra fotográfica espantosa podría ser impugnada por abastecer apetitos voyeurísticos y por perpetuar imágenes de victimización negra. Esta no es una historia fácil de asimilar. Es una historia necesariamente dolorosa y fea, por cuanto incluye algunos de los

⁵³ E. C. L. Adams. *Nigger to Nigger*. New York, 1928, páginas 108 y 109.

ejemplos más desoladores de violencia y deshumanización en la historia de la humanidad. La intención no es mostrar a los negros únicamente como víctimas o a los blancos sólo como victimarios, pero la extensión y la cualidad de la violencia desatada sobre los negros para forzar su deferencia y subordinación no pueden ser evitadas o minimizadas. Obviamente, es más fácil optar por la vía de la amnesia colectiva, borrar esos recuerdos, esterilizar el pasado. Es más fácil aún ver en las fotografías de linchamientos algo tan depravado y bárbaro que está más allá del dominio de la razón. Eso nos permite descartar lo que vemos como si fuera una aberración, la obra de espíritus enloquecidos y de sicópatas. Pero esa supresión estaría fundada en suposiciones dudosas y peligrosas.

Las fotografías fuerzan nuestra credulidad, incluso paralizan nuestras mentes y sentidos al alcance completo del horror, pero ellas deben ser examinadas si queremos comprender cómo fue que hombres y mujeres normales pudieron convivir con estas atrocidades, participar de las mismas, y defenderlas, incluso reinterpretarlas para no verse a sí mismos, o ser percibidos, como seres incivilizados. Los hombres y mujeres que torturaron, desmembraron y asesinaron comprendían perfectamente bien lo que estaban haciendo y pensaban de ellos mismos que eran seres humanos normales. Pocos tuvieron escrúpulos de conciencia. Esto no fue el arrebato de hombres locos o de bárbaros incontrolados sino el triunfo de un sistema de creencias que definía a unas gentes como menos humanas que otras. Para los hombres y mujeres que conformaban estas muchedumbres, tanto como para aquellos que se mantuvieron indiferentes o en silencio o que proveyeron justificaciones académicas y científicas, se trataba del máximo idealismo al servicio de su raza y de la preservación de su patrimonio. Basta con ver las expresiones faciales de autosatisfacción cuando posaban junto a negros recién colgados o cerca de los restos carbonizados de un negro que había sido quemado vivo.

Lo más perturbador acerca de estas escenas es descubrir que los perpetradores de los crímenes eran gente ordinaria, no muy diferentes de nosotros mismos –comerciantes, granjeros, trabajadores, operadores de maquinaria, maestros, abogados, doctores, policías, estudiantes–; eran hombres y mujeres de familia, buenos, decentes, feligreses que creían que mantener a los negros en su lugar era poco menos que controlar la peste, un modo de combatir una epidemia o un virus que, en caso de no ser refrenados, serían perjudiciales para la salud y seguridad de la comunidad. En 1909, un comerciante de Memphis explicó a un visitante inglés: “*Nosotros, los blancos, aprendimos a protegernos contra los negros, tal como lo hacemos contra la fiebre amarilla y la malaria, obra de insectos nocivos*”⁵⁴.

Aunque estas escenas retroceden hacia el pasado, deberían continuar sopesando nuestro sentido de quienes somos y de quienes hemos sido. La muestra de fotografías “Sin Santuario” es un recordatorio horrible de que necesitamos recordar, y mucho, a una parte del pasado norteamericano que preferiríamos, por varias razones, olvidar. Es parte de nuestra historia, parte de nuestra herencia. Los linchamientos y el terrorismo llevados a cabo en nombre de la supremacía racial no pueden ser soslayados, aunque más no sea porque los temas que promueven acerca de la fragilidad de la libertad y la omnipresencia del racismo en la sociedad norteamericana aún están entre nosotros.

Traducción de Christian Ferrer

⁵⁴ William Archer. *Through Afro-America*. Londres, 1910, página 60.